



UN DEBER IMPRESCINDIBLE.

Tan importante es saber escoger los libros que en manos de los niños se ponen, que de la buena ó mala eleccion de las obras en que sus infantiles imaginaciones aprenden á familiarizarse con las cosas de la vida, pueden depender muy directamente el modo de formarse y de ser de aquellos inocentes séres, y hasta su propia felicidad.

Lo primero que un niño lee es lo que más en la mente se le queda; y así es que si en su infancia leyó buenos libros, producto de la sana moral, difícilmente se le borrarán de su imaginacion las máximas juiciosas, las doctrinas sensatas, los ejemplos de virtud que en sus primeros años aprendiera en el libro puesto á su alcance.

Por el mismo orden, si en la edad infantil se consiente la lectura de producciones engendradas al asfixiante calor de aviesas pasiones, como tantas obras que no quiero nombrar, expresamente porque sien-

do la privacion causa del apetito, mayormente entrarian en ganas de leerlas aquellos pequeños séres que puedan repasar las presentes líneas; es seguro que en la imaginacion de los niños quedan grabados de un modo indeleble recuerdos de lances, sucesos y acontecimientos extraordinarios que andando el tiempo vienen á producir funestos resultados para aquellos inconscientes que quieren tomar por ejemplo en su vida á los protagonistas de narraciones y de fábulas, mejor ó peor urdidas, que suelen constituir el elemento principal de tales lecturas; lecturas, en fin, que sobre tenerlas por mi parte como desprovistas de todo interés, las encuentro altamente nocivas para aquellos mismos que tienen la candidez ó la locura de hallarle en ese género de historias ficticias.

Padres hay, y yo me complazco en reconocerlo así, que á la eleccion de los libros que sus niños han de leer

ó de estudiar, dan la importancia que realmente tiene y no consentirían que los hijos de su corazón leyese obra alguna que no hubiera pasado ántes por el crisol del examen paterno. Bien, perfectamente bien obran en ello, porque nadie ha de profundizar más en el alcance que en la imaginación de los hijos pueda tener lo que leen éstos, como los autores de sus días.

Pero es el caso que otros padres, y lo que es más extraño y más doloroso aún, otras madres que por la forma y costumbres en que se constituye la familia generalmente son las que en los primeros años rodean á sus hijos más que aquéllos, no prestan la debida importancia á la elección de las obras que en manos de esos queridos seres han de ponerse, sin fijarse tal vez, ú olvidando censurablemente, la influencia que en el desarrollo de las ideas en germinación representa en la niñez como en la juventud, el trato y el contacto íntimo de las buenas ó malas lecturas en los primeros años de estudios y de la formación individual.

El sol fecundante, la lluvia benéfica, la brisa bienhechora acarician amorosa y cariñosamente las flores y los frutos: las aves codiciosas, los insectos repugnantes, los reptiles asquerosos las marchitan y pudren.

Y así también los libros de sana moral, de consoladoras doctrinas, de santa religión, enseñan con amorosa solicitud y cariñoso interés á esas flores de la vida, á esos frutos del paternal cariño que se llaman hijos, que se llaman niños, porque lo mismo que decimos de los padres

decimos de los ayos, tutores y parientes que ejercen la dirección y enseñanza de aquéllos, el camino del bien; mientras que otras lecturas de calenturientas, fantásticas y novelescas imaginaciones nacidas, sólo muestran las románticas y ridículas sendas que siguen en la vida los que faltos del seguro, firme y hermoso asidero de la religión se entregan al ocio y á los placeres por falta de hábitos de trabajo y para buscar en el aturdimiento de los groseros goces materiales el olvido ó ¡acaso sólo! el oscurecimiento de su pobreza de espíritu.

No se olvide, pues, que de la acertada elección que se haga de los primeros libros en que á estudiar y á conocer la vida empieza la niñez, y aún la juventud, han de depender muy probablemente la moralidad de sus actos y hasta la fe en sus creencias.

Y créaseme, como sin fe ni moralidad no puede haber buenas madres, ni buenos padres, ni buenos esposos, ni buenos hijos, ni buenos patricios, ni buenos ciudadanos, tomen y tengan siempre los niños todos la costumbre inexcusable, considerándola como un deber imprescindible, de hacer leer ántes por sus padres, madres, parientes mayores y sus ayos ó preceptores los libros todos que ellos quieran ó deban leer después.

Así y sólo así podrán acertar los niños que estas líneas vean en buscar en los libros, no el maldito sendero de la perdición, sino el camino hermoso de la felicidad.

EDUARDO DE CORTÁZAR.

ASILOS DE NIÑOS.

I

En Nueva-York existe una Sociedad digna por todos estilos de ser conocida y estudiada: la Sociedad protectora de los niños callejeros. Conmovido desde muy joven Mr. Brace, por el gran número de niños que vagaban por la ciudad, víctimas de la miseria y expuestos á caer en el crimen, trató de atenuar los males que lamentaba, y emprendió para ello una serie de conferencias dominicales, cuyo resultado fué un verdadero fracaso, pues muchos de los muchachos utilizaban la reunion para burlarse de los oradores y alborotar, al paso que otros muchos no concurrían, temiendo que aquellas reuniones fueran un lazo para entregarles á la policía, con la cual acaso tenían cuentas pendientes.

Mr. Brace no se desalentó, y auxiliado por otras personas, que lamentaban como él el terrible desarrollo de la vagancia, ideó establecer unas casas de dormir. Hasta entónces los niños vagabundos pasaban las noches al aire libre, en los huecos de las puertas, bajo la bóveda de las escaleras exteriores, en cajones abandonados, en miserables graneros, en las cuevas ruinosas, ó junto á los materiales para la construccion de muelles. Desnudos de piés y cabeza, cubiertos de harapos, tiritando de frio, se oprimían los unos contra los otros y dormitaban como podían. A algunos buscadores ingeniosos se les habia visto por las noches deslizarse en la bodega de un *ferry boat* anclado en el puerto—alojamiento de primera clase,—ó meterse en una caldera de vapor en compostura, y hasta en algun arcon de hierro salvado de un incendio en Wall-street, la calle de la alta banca. Algunos, los más listos, se introducían en los tubos de hierro del puente de Harlem. Las escaleras de las imprentas de periódicos, abiertas toda la noche, recibían también á buen número de los mismos: todo, en suma, era bueno para los pobres abandonados, con tal de no ir conducidos por la policía al lecho de un asilo.

En la niñez, y especialmente en la niñez abandonada, nunca sujeta á la disciplina doméstica, existe un espíritu de independencia, un gusto innato hácia la vida nómada, que es preciso saber respetar en parte. Mr. Brace, como moralista experto y conocedor de los niños, demostró el mayor tacto en llevarles á la habitacion para ellos fundada, y que fué por el pronto un viejo caseron abandonado por la empresa de un periódico: conociendo que lo gratuito rebaja, como la limosna, la moral de quien la recibe, fijó en algunos céntimos el precio del nocturno alojamiento, disponiéndose contra todas las travesuras que con razon aguardaba. Así como el raton de la fábula no se acercaba sin grandes precauciones al gato lleno de harina, los niños no se acercaron sin gran prudencia á la casa cuyas puertas se les abrían de par en par. Largo tiempo rondaron las inmediaciones de la casa, temiendo ser cogidos en un lazo, hasta que algunos, más confiados ó curiosos, se decidieron á penetrar en ella. Apénas lo verificaron, la naturaleza de los niños volvió á tomar su dominio, caso de que no hubiera algun complot formal, y mientras uno quiere cortar la llave de gas que ilumina la sala, para que una vez á oscuras pueda ser mayor el ruido, otro al acostarse tira sus zapatos á lo alto. Una mano vigorosa se apodera de los alborotadores y les conduce á la puerta á tiritar en camisa y reflexionar sobre los inconvenientes de su carácter turbulento. Varios de sus compañeros, de los que permanecieron fuera de la casa, arrojan piedras á las ventanas y empiezan á alborotar, pero la policía que vigila les lleva arrestados.

Mientras tanto, los vagabundos que se han acostado no aciertan á comprender cómo puede dárseles tan buen lecho por tan exigua retribucion. «Tal vez, piensa alguno, un cuákero benéfico, ó algun orador callejero, ha ideado este medio original para ganar el cielo.» Los más prudentes, sin tratar de inquirir la causa, dan

rienda suelta á su alegría por el bienestar que se les proporciona, bienestar que aumenta su admiracion á la mañana siguiente al observar que tienen peines, jabon, toallas, cepillos, y aún agua caliente, y que por el mismo precio que la cama pueden desayunarse ántes de marchar, y que hasta se fia á los que no tienen recursos para pagar. A pesar de las dudas de los acogidos, en todo esto no habia más misterio que el que los lectores conocen, y aquella noche memorable aseguró el éxito del establecimiento. Algunos dias despues los niños, que ya no se hacian rogar para acudir á la casa, sólo la llamaban *Astor-House*, aludiendo á uno de los hoteles más reputados de Nueva-York. Desde aquel momento tambien (1853) la Sociedad protectora de los niños vagabundos quedó constituida definitivamente, y tres años más tarde era reconocida oficialmente por la legislatura del Estado de Nueva-York entre las asociaciones caritativas.

Una vez dado el primer paso, era necesario, empleando la misma diplomacia, establecer una escuela y obligar á los niños á frecuentarla. El vigilante de la institucion de *Fulton-Street*, Mr. Tracy, noble émulo de Mr. Brace, les congregó una mañana ántes de que se repartiesen por las calles: «Amiguitos, les dijo, acaba de venir á buscarme un caballero que necesita un muchacho para su oficina, al cual pagará tres dollars semanales.» «Déjeme Vd. ir,» exclama uno. «¡A mí! ¡A mí!» interrumpen otros. «Pero quiere, añade el vigilante, un muchacho que tenga hermosa letra.» Viendo que todos guardaban silencio, «¿Queréis, prosigue, que establezcamos una escuela donde aprendáis á escribir?» «Aceptado,» contestaron en coro; y de este modo quedó establecida la escuela nocturna en el mismo local que el *Lodging-House*.

No era posible pararse estando en tan buen camino. Los *meetings*, que tan mal éxito habian tenido en un principio, lo consiguieron esta vez completo, organizados de una manera discreta, y aprovechando una ocasion tan favorable como el entierro de un ciudadano muy conocido. Aquella imponente ceremonia habia im-

presionado vivamente á los niños, y se les habló de ella por la noche. Ocho dias despues se repitió el *meeting*, leyéndose en él y comentándose los pasajes más interesantes del *Antiguo* y del *Nuevo Testamento*. Y como se habia unido la práctica musical á las lecciones nocturnas, se entonaron algunos cánticos llenos de poesia mística, de los que los yankees entonan frecuentemente, tales como el que empieza: «Hermano, una luz hay para tí en la ventana:» ó bien: «Este es el abrigo de los que están cansados.» Admirados y complacidos á la vez los niños de encontrar en aquellos versos una aplicacion directa á sí mismos, los cantaban con voces graciosas, como casi nunca se hubiera esperado de aquellos seres, mientras que el maestro les acompañaba al piano y dirigía gravemente el coro.

El afortunado fundador de la institucion Fulton llegó al extremo del buen éxito estableciendo una *hucha*, á la que denominó nada menos que *Banco*. Habia observado la facilidad con que los niños gastaban sus ganancias, especialmente al juego y á las loterías: la tradicion de que un pillete ganó á la loteria 100 dollars se conserva entre todos ellos; y para lograr lo que aquel, organizan entre sí pequeñas loterías, cuyo sorteo suele estorbar frecuentemente la policia, si es que no se apodera tambien de las puestas. M. Tracy supo acostumbrar á los niños á hacer algunos ahorros y á depositarlos á su entrada en la casa en una especie de hucha, en la que se veia escrito el nombre de cada uno de ellos. No hay que añadir el gozo que sentirian al cabo de algunas semanas al verse dueños de un capitalito. ¿Qué hacer con tanto dinero? Enviarle á una Caja de Ahorros, ó *Saving-Bank*.

Esto es lo que se decidió.

Lo interesante de la materia nos ha hecho dar mayor extension de la que proyectábamos á este artículo.

En el segundo y último de los que á ella consagraremos, nos limitaremos á traducir lo que acerca del estado actual de dichos asilos ha escrito un distinguido publicista frances.

X.

LA ABEJA.

SUS COSTUMBRES, TRABAJOS Y PRODUCTOS

POR LUIS ÁLVAREZ ALVISTUR.

(Continuacion.)

V.

Miel y cera.

Conocidos ya los panales, ocupémonos de las materias de que los mismos se componen, ó sea la miel y la cera.

¿Qué es la miel? ¿De qué se forma la cera? Hé aquí dos puntos principalísimos, cuyo conocimiento tanto nos importa, y que, sin embargo, desconócense en absoluto. Y no se crea que exageramos, pues si bien existen varios pareceres, algunos de los cuales han llegado á considerarse como soluciones, la verdad es que ninguno puede admitirse en tal concepto.

Una de las dos escuelas más fundamentales sostiene que la miel y la cera son el resultado de cierta elaboracion especial verificada en el estómago del insecto, y la otra dice que las dos materias mencionadas obtiéndense directamente de las plantas.

Los partidarios de esta última se fundan, para dar mayor fuerza á sus teorías, en la circunstancia de haber plantas que segregan materias con las cuales sin dificultad se fabrica miel, y asimismo en que no es difícil producir cera vegetal. Empero estas aserciones pierden todo el valor que pudieran tener

desde el momento en que se demuestra la inmensa diferencia que hay entre la miel y la cera elaboradas por el *himenóptero apiario* y las que nos ofrecen los distintos vegetales. Además, si así fuera, tendrían que considerarse iguales á cosas que se nos manifiestan de una manera semejante, sin embargo de ser bien distintas, como, por ejemplo, el rojo del vino natural y el que se obtiene por medio de la *fuchsina*, el negro resultado de las cenizas de los vegetales y el que se produce con el lápiz mineral, etc., etc., lo cual sería el mayor de los absurdos.

Los que aseguran que la miel y la cera son el resultado de una elaboracion especial verificada en el estómago del insecto, á nuestro juicio están más en lo cierto; pero tampoco puede considerarse esto como verdad, porque tambien pudiera suceder que esa elaboracion tuviese lugar en el momento que, agrupadas las abejas, dan comienzo á los trabajos de construccion.

En vista, pues, de las dudas que aún ofrece este particular, uno de los más importantes de la ciencia apícola, dejémosle sin resolver, y estudiemos sin descanso á fin de conseguirlo pronto y en absoluto.

Ahora bien: hemos dicho que la

cuestion que nos ocupa es de las que entrañan mayor importancia en apicultura, y vamos á demostrar que no exageramos. En efecto; ¡cuántas y qué importantes deducciones se han de hacer el día que sepamos la manera cómo se producen la miel y la cera! ¡Cuántas y qué importantes prácticas podrán entónces establecerse! Indudablemente las ciencias, las industrias y las artes, á partir de aquel instante, dispondrán de medios sencillos y económicos para conseguir su adelanto y mayor desarrollo.

VI.

Colmenas.

La colmena tiene por objeto procurar albergue cómodo y de buenas condiciones biológicas al insecto *himenóptero apiario*. Las formas en que se construyen son diversas; las hay cilíndricas de una sola pieza, y de esta misma figura, divididas en dos, tres y más secciones. Asimismo fórmanse de poca altura y mucho fondo, bajas y de escaso fondo, pero muy anchas; y por último, de dos, tres y más cuadrados. Las materias que entran en la construcción de las colmenas difieren también entre sí, pues mientras unas son de paja, véanse otras de corcho, otras de madera de distintas clases, y otras, por fin, de cristal.

Ahora bien: la forma que conceptuamos más ventajosa es la de cuadrados, debiendo entrar éstos en número de tres. Respecto al material, diremos que siempre ha de preferirse la madera, á no ser

que por circunstancias especiales de localidad ú otras causas no convenga.

La razon que tenemos para recomendar los *vasos* de tres cuadrados, contruidos de madera, es tan sencilla como poderosa. En efecto: en las colmenas, como en todo, debe darse la preferencia á aquello que reuna condiciones más ventajosas, y esto, precisamente, es lo que sucede en el caso que nos ocupa. En la colmena de tres cuadrados hácese innecesaria la operacion de escarzar, las de enjambrar y castrar, efectúanse con mayor comodidad que en las demas, y por último, no son en ellas muy sensibles los cambios atmosféricos. Además de esto, fácil será comprender que en las colmenas cilíndricas sólo de un cuerpo, y fabricadas de paja ó corcho, ha de ser mucho más frecuente que en las de madera de tres cuadrados la anidación de insectos y reptiles.

Las dimensiones de las colmenas en general varían segun las localidades, y segun también los propósitos del apicultor. Las de tres cuadrados siempre tienen las mismas proporciones, 25 centímetros cada seccion. Para la mejor union entre las divisiones, colócanse aldabillas en la parte anterior y posterior. Cúbrese luégo el *vaso*, ó bien con pizarra, ó con una piedra ó tejas en forma de caballete. Toda colmena descansa sobre una tabla, que se llama *solera*.

Los siguientes grabados representan el primero la colmena cilíndrica de corcho; el segundo la de paja, y el tercero la de madera de

tres cuadrados. Acerca de las colmenas mal llamadas de observacion,

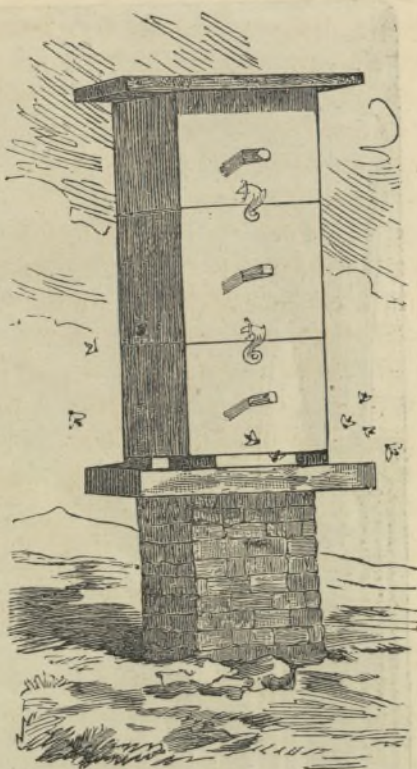


diremos únicamente que son de cristal, con varias combinaciones de



piezas sueltas que debieran servir para facilitar las observaciones. De

estas colmenas las hay muy ingeniosas, pero con ninguna de ellas



se han obtenido resultados de verdadera importancia.

(Se continuará.)

EL PEZ Y EL AVE.

FÁBULA.

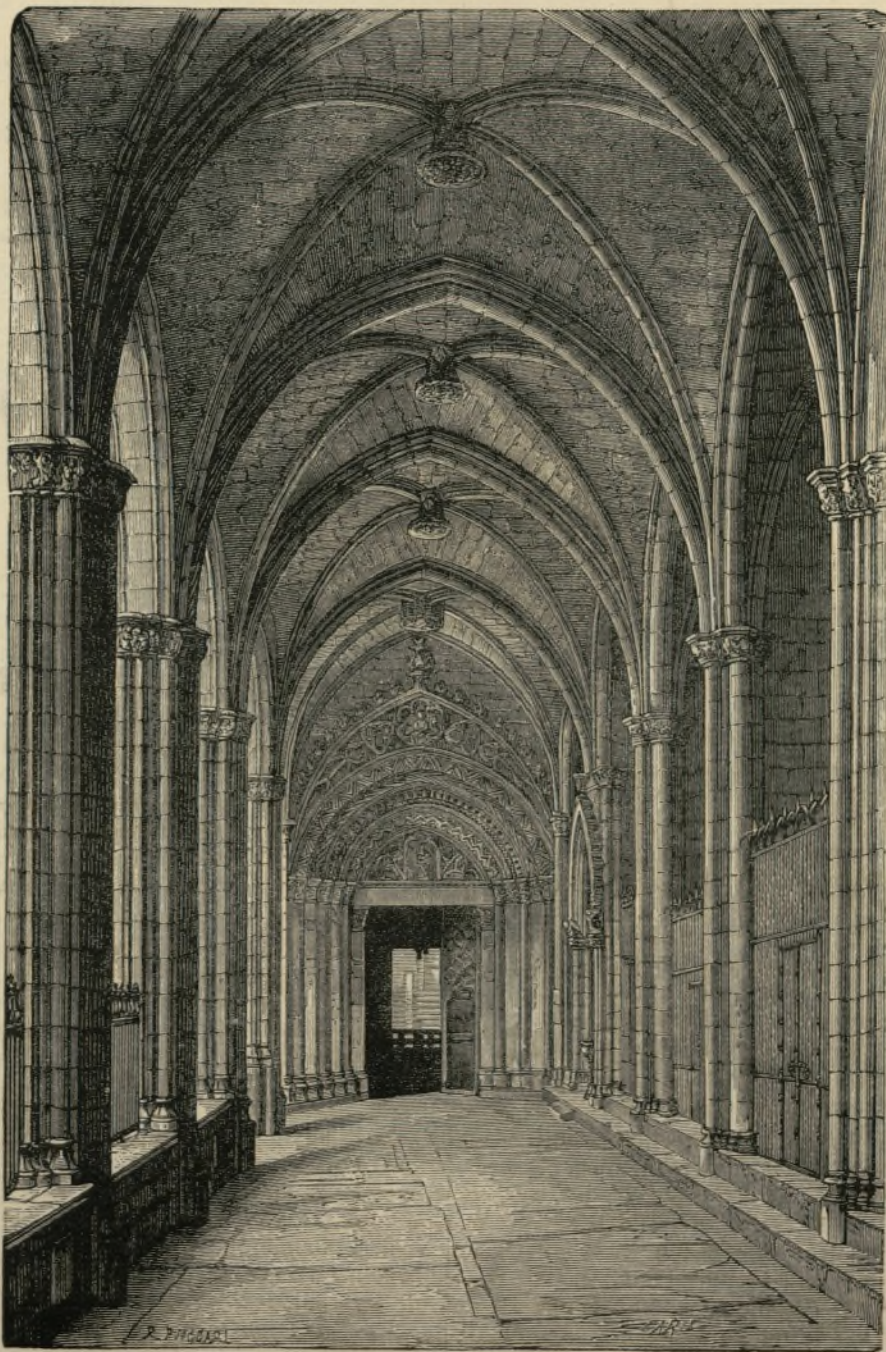
Un pez y un ave quisieron,
Ambos de su sér cansados,
Cambiar entre sí de estados,
Y á Júpiter lo pidieron.
Júpiter les escuchó
Atento á lo que pedían,
Y lo que entrambos querían
Al punto les concedió;
Y el pez, saliendo del mar,
Quiso volar como el viento,
Y en el líquido elemento

El ave quiso nadar;
Pero como no nacieron
Para tal vida formados,
El pez y el ave cambiados
Al momento se murieron.

*Lo que al pez y lo que al ave
Le sucede al que pretende
Abandonar lo que entiende
Para hacer lo que no sabe.*

VENTURA MAYORGA.

ESPAÑA MONUMENTAL.



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA.

ESPAÑOLES ILUSTRES.



DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Hace muy pocos días que una comisión de escritores y artistas dramáticos se presentaba en casa del ilustre patriarca de nuestra literatura, del sabio, del bondadoso Don Juan Eugenio Hartzenbusch, para entregarle una corona de oro y plata costeada por sus admiradores con motivo de la reciente representación de su drama imperecedero *Los amantes de Teruel*. El poeta, besándola en prueba de cariñosa gratitud, demostró en cuánto tenía aquel delicado recuerdo, de los que tantos aplausos le han prodigado así en dicha obra como en las tituladas *La Jura en Santa Gadea*, *Vida por honra*, *El mal apóstol y el buen ladrón*, *Doña Mencía ó la boda en la inquisición*, *Jugar por tabla*, *Don Alfonso el Casto*, *El bachiller Mendarias*, *Juan de las Viñas*, *La redoma encantada*, *Los polvos de la madre Celestina*, *La madre de Pelayo*, *La ley de raza*, *La Archiduquesita*, *Un sí y un no*, *La hija de Cervantes*, y tantas otras como mi memoria no ha logrado retener. Sus poesías líricas, sus leyendas en prosa, sus artículos históricos y críticos, sus numerosos trabajos académicos y sus valiosas é infinitas ilustraciones á la obra de Cervantes, aseguran preeminente lugar en el Parnaso español al que habiendo nacido en humilde cuna y pasado su adolescencia consagrado á un oficio mecánico, supo elevarse por su talento y su estudio á los más altos puestos literarios de la nación.

Hace pocos años que el Sr. Hartzenbusch, dejando la Dirección de la Biblioteca Nacional y alejado por sus achaques de la sociedad, descansa tranquilamente en su hogar de las luchas y triunfos de su laboriosa existencia. A dicho retiro han acudido sus admiradores con una corona que recuerda los triunfos del poeta; á este presente de modesto valor va unido el aplauso de toda la generación literaria actual, que le considera como su maestro. Reciba también el cariñoso saludo del último de sus discípulos

O. Y B.

EL PAÍS DE LOS BUENOS MOZOS.

II

A las diez de la mañana del día siguiente abandoné el lecho en el que, á consecuencia de mi cansancio y sueño, ó porque fuera verdaderamente cómodo, había pasado una noche deliciosísima. Después que almorcé opíparamente en unión de mi amigo, nos fuimos á recorrer la población, á visitar á varios de sus habitantes y á observar sus usos y costumbres. Pronto me convencí de que era un pueblo cuyas calles y casas se parecían, con corta diferencia, á las de todos los demás países civilizados, y que únicamente lo raro y deforme se encontraba en la figura de sus naturales; así fué que determiné saludar cuanto ántes á cualquiera de ellos, proporcionándome la suerte que fuera el primero un profesor de instrucción primaria, el cual, aunque nada tenía de guapo, comparado con los demás era hasta precioso, de lo que puede dar testimonio su retrato.

Asombrado me dejó su discreta y atenta conversacion, hasta el punto de que mi buen amigo Avellana se vió precisado á explicarme que nada de particular viera en ello, porque únicamente los sabios eran allí los profesores de primera enseñanza, por exigírseles profun-

dos conocimientos, convencido el gobierno de que, sólo sobre la base de la instrucción y de la moralidad, pueden levantarse sociedades que sirvan de ejemplo y de admiración



á todas las demás. También me dijo que se hallaban recompensados como reclamaba su importante y fructífero ministerio, cosa que creí al punto, pues eran testigos de tal verdad sus macizas y coloridas carnes; además me hizo una observación, por cierto muy curiosa, respecto á ser su rostro más bello, ó por lo ménos más simpático que los de la generalidad.

—Aquí,—me dijo,—cuanto más ignorante es un hombre, mayor es la fealdad de su cara, la cual va desapareciendo conforme adquiere instrucción el individuo; de lo cual me convencí viendo á otro señor profesor más sabio que el primero, y por eso indudablemente también más simpático que su compañero.



Terminada que fué la conversación acerca del magisterio, nos encaminamos al palacio de las Cortes, en donde aquel día iba á librarse reñida batalla entre el presidente del consejo de ministros y un rabioso y decidido aspirante á dicho cargo; pero la desgracia nuestra hizo que no la presenciáramos, y así fué que cuando penetramos en la tribuna pública, ya habia terminado el *pugilato elocuente*, y sólo vimos al vencido avergonzado y

anonado, y en igual figura aquí se le presenta por mi prontitud en sacar un cróquis del mismo.



El que se habia hecho dueño de la situación, ya por la justicia de la causa que defendia, ya por las poderosas razones que expusiera, ó por su extremada habilidad en el *arte político*, se encontraba, aunque todavía fatigado, grave y satisfecho y con *voluminosas* señales de haber cargado con el *peso* del poder, ni más ni ménos que el retrato de la plana siguiente, copia exacta de aquel magnífico original.

Conformes todos con el nuevo gobierno, despues de la ruda tormenta parlamentaria, y particularmente yo que nada me interesaba el de aquel poético país, salimos del Congreso, no sin haber ántes sufrido un susto de primer orden en una de las escaleras, por tropezar con las narices más largas y afiladas que os podeis imaginar, y que yo tomé, á causa de la poca claridad del sitio, por un tremendo cuchillo de Albacete; miradlas bien y com-

prendereis que en lo que os digo nada exagero, y que el narigudo personaje del soneto de Quevedo era al lado de nuestro individuo un miserable chato.



Era el dueño de semejantes narices un caballero con diez mil reales de sueldo anuales por servir á la nacion, quién sabe si de algo bueno, que esperaba de un momento á otro la cesantía por pertenecer á la situacion que habia caido. Mi amigo, que por cierto lo era tambien del nuevo gobierno, temiendo que aquél le pidiera alguna recomendacion que le sostuviera en su destino, desapareció como por encanto

costándome á mí luégo gran trabajo el encontrarle en la calle.

Despues de darnos la enhorabuena por habernos librado de un *puntazo narigudo* de fatales consecuencias, olvidamos todo lo ocurrido di-



rigiéndonos al *gran museo* de escultura, en donde si con paciencia me seguís vereis algunas preciosidades artísticas que me demostraron el empeño con que el hombre trata de perpetuar su imagen, siquiera sea ésta lo estrambótica y horrible que lo es la de los que habitan el *País de los buenos mozos*.

(Se continuará.)

EDUARDO GUILLEN.

EL BESO PURO.

Resuena en el oído
Vago rumor que música parece;
Con íntimo latido
Todo en redor el aire se estremece;
Henchidos de ventura,
Los ángeles se alegran en la altura,

Cuando despues de cándidos cariños,
Con efusion y plácido embeleso,
Los purísimos labios de dos niños
Se juntan en un beso.

ANTONIO ARNAO.

EL VAMPIRO.

En la cumbre de una suave colina y á la entrada de un frondoso encinar, crecía un escaramujo cuyas flores encarnadas resaltaban vivamente sobre el verde oscuro de sus hojas. Junto á él, y en medio de una alfombra de mil variadas florecillas, brotó un día una hermosa madreselva. Los tiernos y débiles tallos de esta planta dirigieronse hácia el escaramujo en demanda de apoyo y protección, y, encontrando uno y otro en el robusto tallo de su vecino, se encaramaron por él estrechándolo amorosamente entre sus delgadas ramas. Desde entonces la madreselva no dejó de dar á aquel sitio el único encanto que le faltaba: el delicado perfume de sus elegantes flores.

Seducidos por la diversidad de tantas florecillas y afanosas de libar la delicada miel en sus cálices contenida, millares de alados insectillos se daban cita en aquel sitio encantador. Mas de una reina de abejas habia celebrado sus aéreas bodas en aquel lugar; más de una mariposa de matizadas alas pasaba allí su vida entera volando de flor en flor; más de cien moscas de esmeralda hacían resonar de continuo el aire con su penetrante zumbido, y no pocas luciérnagas

paseaban durante la noche por entre la fina hierba sus brillantes resplandores.

Pero un día sucedió una cosa extraña. Aquel sitio, hasta entonces morada de placeres y delicias, se habia convertido en espantoso cementerio; por entre las ramas del escaramujo sólo se veían secos cadáveres de insectos: un espantoso vampiro les habia chupado hasta la última gota de sangre.

Causaba náuseas ver al monstruo, repleto con el rojo licor de las venas de sus víctimas, hacer tranquilamente su digestión oculta en medio de la complicada red de finísimos hilos con que habia rodeado al escaramujo y á la madreselva.

El cuerpo, las patas, los tentáculos, todas las partes de aquel vampiro estaban cubiertas de largos y erizados pelos; su cabeza se confundía con su cuerpo; tenía ocho ojos, dos tentáculos, y en medio de éstos y debajo de aquéllos una boca armada de un garfio duro, arqueado y provisto de un agujero por donde expelia el veneno con que mataba á los infelices insectos que caían en sus redes; del cuerpo le salían ocho largas patas terminadas por una especie de garras que

formaban como las puas de un peine; por último, su vientre era atroz, desmesurado.

Os lo digo de veras: si le hubiérais visto, habríais huido de él horrorizados.

Desde aquel momento el vampiro no levantó sus reales de aquel sitio. Esperaba pacientemente en medio de su red que cayera en ella alguna víctima, y se arrojaba sobre ella, chupándola la sangre desde luego si era pequeña, ó envolviéndola en nuevos hilos para paralizar sus esfuerzos si era algo mayor.

A veces la presa era sobrado fuerte para no tratar de escaparse de aquellos lazos; si sus sacudidas eran demasiado violentas, el monstruo sacrificaba una parte de su red, cortaba por sí mismo los hilos para que la presa pudiese escapar sin destrozar completamente su morada, y luego volvía pacientemente á reparar los desperfectos.

Cansados los insectos alados que tenían costumbre de frecuentar el escaramujo de ver que el vampiro no parecía dispuesto á irse de allí, celebraron un congreso, y después de muy pocas palabras, porque ellos van siempre á la flor y nunca

se andan por las ramas, acordaron mandar una comisión compuesta de moscas y abejas, como á más perjudicadas, á un hormiguero allí vecino.

Acogieron las hormigas á la comisión nombrada con mucha más cortesía que á la cigarra de la fábula, y, enteradas de lo que se trataba, mandaron inmediatamente á una de ellas á explorar el terreno.

Llega la hormiga exploradora al pié del escaramujo, se encarama cautelosamente por las ramas y llega á la red. Es imposible pintar el terror que se apoderó del vampiro al ver al pequeño insecto. ¡Él, que se atrevía hasta con los mayores moscardones, retrocedía lleno de pánico delante de una pequeña hormiga! ¡Oh! es que sabía por instinto que detrás de ésta irían otra y otra, y ciento, y mil más si era necesario.

Seguro de que había de concluir por ser vencido, el monstruo abandonó desde luego la partida huyendo más que de prisa y para siempre de aquel escaramujo que él había convertido en espantoso asilo de la muerte.

CELSO GOMIS.



ARREPENTIMIENTO.

Al transitar brevemente
De la vida en el sendero,
Teniendo á uno y á otro lado
Mil precipicios diversos,
Mientras zumba en los oídos
De los vicios el estruendo,
Y nuestra atencion distraen
Con sus seductores ecos,
Es muy fácil que la vista
Se turbe á impulso del vértigo
Y que, dando un paso en falso,
Hasta el abismo bajemos.
Mas el que la fe divina
Siente alentar en su pecho,
Nunca debe, en su caída
Dejar abatir su esfuerzo,
Que Dios, en su omnipotencia,

Siempre justo, siempre bueno,
Presta al que cae su apoyo,
Si se arrepiente sincero.
—«Perdona setenta veces»—
Dijo Jesucristo á Pedro,—
Cuando éste, con mansedumbre,
Perdonó el ultraje sétimo.
Bellas palabras, que son
Fuente de dulce consuelo,
Y hacen esperar que Dios
Perdonará nuestros yerros,
Si al delinquir acudimos
Buscando amparo benéfico,
Del que, con leyes de amor,
Da la vida al universo.

E. CEBALLOS QUINTANA.

ACTUALIDADES.

Es ya un hecho la instalacion en España de las *Cajas de Ahorro escolares*, que tanta popularidad van alcanzando en los países más adelantados y celosos por la educacion de la juventud y del bienestar de las clases sociales.

Las capitales de Ávila, Valencia y Guipúzcoa; las importantes poblaciones de Alcoy y de Linares han sido de las primeras en adoptar en sus escuelas aquel fecundo pensamiento, y en Madrid, no sólo tienen inscritos algunos colegios privados á sus alumnos como imponentes de la Caja general de Ahorros, por consecuencia de haber reunido á fuerza de céntimos la cantidad de una peseta, que es la mínima que en aquélla se admite, sino que se ha establecido la práctica del ahorro escolar en las escuelas municipales por acuerdo de la Junta de Instrucción pública.

Con el fin de alentar la propagacion, facilitando los medios á las Corporaciones ó particulares que gusten proteger la idea, se han impreso y puesto á la venta por la librería del Sr. Hernando instrucciones, formularios, libretas y toda la documentacion necesaria al objeto.

**

El retrato que en este número publicamos del eminente literato D. Juan Eugenio Hartzenbusch, es debido al lápiz de nues-

tra bella é inteligente colaboradora la Señorita Doña Josefa Bea.

**

Consecuentes con nuestros propósitos de dar á conocer á los niños las riquezas artísticas é históricas de nuestra patria, reproducimos hoy la vista del admirable claustro de la catedral de Barcelona.

**

El día 6 del corriente, S. M. el Rey, acompañado del Sr. Marqués de Santa Cruz, visitó el Colegio de San Ildefonso, permaneciendo más de una hora en la escuela que dirige el Sr. Fernandez y Sanchez, á quien el Jefe del Estado preguntó cariñosamente y con detallada minuciosidad acerca del carácter, límites, sistema y métodos de la enseñanza, admirando el abundante y rico material científico de la referida Escuela; escuchó algunos ejercicios de los niños, y felicitó á su profesor por sus trabajos, dignándose aceptar los ejemplares, lujosamente encuadernados, que se le ofrecieron de la Memoria inaugural y los trabajos caligráficos de algunos niños; y en un elegante álbum, preparado al efecto, escribió S. M. el juicio que le merecen, tanto el Ayuntamiento de Madrid y el Comisario Sr. Chavarri por las obras realizadas en el Colegio, como los Profesores por la inteligente direccion que dan á los estudios respectivos.

UN DIA DE NOVILLOS.



Aquí tienen ustedes á Joaquin, convertido en protagonista de un drama trágico. De esperar era este triste resultado, pues á nada bueno puede conducir el olvido de los deberes escolares. En vano grita pidiendo auxilio y socorro; nadie hay en las inmediaciones que escuche su voz. Sus compañeros, aterrados, huyen entre tanto. ¿Será que cobardemente le abandonan? ¿Irán en busca de auxilio?.....

SOLUCIONES.

A la fuga de vocales.

Para cuestas arri^ba
Qui^{er}o mi bu^rro,
Que las cuestas abaj^o
Yo me las sub^o.

A la fuga de consonantes.

Te ví en un baíle; me miré al espejo....
¡Ay, qué rabia me dió de verme viej^o!

A los problemas.

—Cortando con unas tijeras el alambre de un rosario y sacando la cuenta que se desee.

—En que se dedican á la extraccion de raíces.

—Sombra.

Han remitido soluciones los niños suscritores: de Madrid, Doña Maria Soriano y Aldamar, Doña Eulalia Flores, D. José Lloret, D. Andrés Piniella, Doña Jesusa de Granda, Doña Encarnacion de Granda y D. Alvaro del Busto, y de Irun, Doña Natividad Garcia.

CHARADAS.

Por la *primera* y *tercera*
Que ni el demonio lo aguanta,
Me tienes dale que dale
Como si fuera guitarra,
Porque *segunda* con otro
Que lo mismo le pasaba;
Pero, en fin, si hoy no se cura
Ya se curará mañana;
Mientras mi *todo* en el mar
Voy á ver desde la playa.

Mi pueblo *tercera* y *cuarta*,
Cuarta y *tercera* mi nombre,
Sin que te extrañe, lector,
Que mi apellido se forme
Con la *segunda* y *tercera*.
Fruta es tambien que se come
Primera y *cuarta*, y al género
Masculino corresponde.
Y es un artista mi *todo*
Preciso al rico y al pobre,
Mas te aconsejo, y espero
Que mi libertad perdones,
Que, si no eres viejo ó tonto
Jamás sus obras te adornen.

Las soluciones ántes del día 22.